



EN Inglaterra, después de la batalla del Alamein, se puso de moda el «Martini Montgomery», que era una porción de vermut por siete de ginebra, y es que el general Montgomery había advertido a Londres que él no libraba la batalla del Alamein hasta que tuviese siete soldados por cada alemán; luego, en los años de postguerra, el «Austerity Martini», o sea, el «Martini de la Austeridad», era mitad y mitad, o sea, desde el punto de vista norteamericano, agua pura.

La receta norteamericana para el buen Martini Seco es, como se sabe: poner una botella de Vermut muy junto a otra de Ginebra toda la noche en la nevera, y, a la mañana siguiente, tirar por la ventana la botella de Vermut y beberse rápido la de Ginebra. Como decía Shakespeare: «Para que el dinero se reproduzca no hay más que coger dos monedas y ponerlas

## EL MARTINI SECO

muy juntas y en posición favorable», pero lo malo es, como ha dicho algún crítico, cómo averiguar si son macho y hembra, porque si dos monedas cometen un acto homosexual se plantea un problema teológico de aúpa: la sodomía y la usura se castigaban teológicamente, mientras la Iglesia pudo hacerlo, con la misma pena, la hoguera, por ser dos vicios esencialmente estériles; ahora bien, ¿cómo quemar dos veces al mismo delincuente de manera creíble y convincente?, doctores tiene la Santa Madre Iglesia..., etc.

Pero, volviendo, al Martini Seco, el problema es que sea ginebra pura sin saber a ella, y para eso los norteamericanos han inventado una entelequia, como siempre que se quiere convencer a la gente de que el rey desnudo está en realidad vestido: el «twist», que no es el baile, sino una rajita de pellejo de limón realmente diminuta, que el bárman hace como que exprime sobre el vaso enfriado por trozos de hielo que han sido quitados antes de echar la ginebra. «Twist, sir?», le dijo un bárman en un bar de Manhattan, Nueva York, levantando sobre el vaso en que había puesto, a petición de su cliente, veinte porciones de ginebra y una de vermut seco, una invisible rajita de pellejo de limón. «Oye, ciudadano», le respondió el cliente, alarmado, «cuando quiera una sangría ya te la pediré.»